



ROSA REGÀS

Justicia universal

Hace unos días apareció en la Red un manifiesto contra la impunidad y por la justicia universal. El manifiesto explica que el 19 de mayo el Congreso de los Diputados, con el apoyo de los dos grupos mayoritarios, es decir, PSOE y PP, acordó modificar el artículo 23.4 de la Ley Orgánica del Poder Judicial que consagra el principio de jurisdicción universal. «La modificación desvirtúa su contenido y alcance al limitar al juez a conocer sólo causas que tienen una 'conexión nacional' y establece un criterio de admisibilidad que ni siquiera permite valorar cuándo un proceso judicial constituye una efectiva persecución de un crimen».

En otras palabras, para la inmensa mayoría del pueblo español que vota a esos dos partidos, los 'suyos' han decidido desentenderse de los crímenes de lesa humanidad, genocidio, crímenes de guerra, tortura, desaparición forzada y otros muchos, a no ser que se den en el ámbito nacional, como si la jurisdicción universal no fuera un instrumento de lucha contra la impunidad, y como si la mayoría de países en los que se cometen estos crímenes fueran capaces, quisieran y pudieran investigar y enjuiciar las violaciones graves de derechos humanos.

A partir de ahora, según la legislación española, la justicia universal estará regida por el más puro y más feroz nacionalismo, el ideológico, y las violaciones contra los derechos humanos sólo existirán si se producen en tu pueblo o en el mío, pero jamás en el pueblo de tantos millones de seres que no disponen de justicia de ningún tipo para juzgar y perseguir delitos contra la Humanidad. ¿Qué nos importa a nosotros que se torture y se asesine a comunidades enteras si esos delitos no se comenten en nuestra España, con delincuentes españoles, y sin el menor vínculo relevante con nuestro país? Ande yo caliente, ríase la gente.

Es deplorable que esta modificación no haya venido precedida de un debate para que los ciudadanos pudiéramos saber a qué se debe este interés de PSOE y PP por lavarse las manos de delitos tan graves, y bajo qué tipo de presión se ha propuesto y aprobado la modificación que nos convierte en uno de los países más indiferentes a los crímenes del mundo. Y, de paso, que nos cuenten cómo es que ha sido tan fácil poner de acuerdo a los dos eternos rivales para que se laven juntos las manos frente a la injusticia ajena. ¿Cómo no vamos a estar decepcionados de la política, de esa política?

■ r.regas@diario-elcorreo.com

La equidistancia imposible

VICENTE CARRIÓN ARREGUI PROFESOR DE FILOSOFÍA

Para el autor, ante el terrorismo no hay equidistancia posible. «Sin un compromiso explícito y activo del conjunto de la sociedad será difícil arrebatar la aureola heroica de la 'lucha armada', término con el que todavía demasiadas personas denominan al terrorismo, y digan lo que digan quienes se alarman porque se habla demasiado de las víctimas en los medios de comunicación»

No quiero dudar de la buena intención de quienes emulan a Salomón cuando afirman que ante el conflicto vasco ellos no están ni con unos ni con otros, que todas las partes tienen que ceder un poco, que tan hartos están de un bando como del otro, pero me atrevería a sospechar que, en la mayoría de los casos, este modo de argumentar es un excelente recurso para no opinar, para no enterarse, para desentenderse de las miserables secuelas de varias décadas de terrorismo vasco. Quienes así se comportan se convierten, supongo que sin quererlo, en el mejor exponente de la miseria moral que hemos heredado de ETA: mejor no ver, no oír, no saber, no opinar... que aquí nos conocemos todos.

Hay silencios valientes –pienso en el de la última concentración de las 12 contra el asesinato de Eduardo Puelles– y silencios cobardes y cómplices. Estoy leyendo estos días 'La noche de las víctimas', la Investigación sobre el Impacto en la Salud de la Violencia Colectiva (ISAVIC) en el País Vasco, editado por la Fundación Fernando Buesa Blanco, y se me hace tan estremecedor el testimonio de su aislamiento, su inclinación al silencio, a la so-

matización, a la evitación y a la psicopatología, trastornos tan obviamente asociados a la falta de apoyo y reconocimiento social, que me resulta difícil callar ante las declaraciones de Aintzane Ezenarro (EL CORREO, 6-7-09) en las que acusa a socialistas y populares de estar apostando por el «revanchismo» mientras que ellos, Aralar, «apuestan por una paz sin vencedores ni vencidos».

En este caso no sé si dudar de sus buenas intenciones porque su invitación a la equidistancia no tiene la voluntad salomónica que en líneas anteriores atribuía al idiotismo moral de buena parte de la población vasca cuando prefiere no definirse. No, en este caso es peor porque lo que se pretende es ignorar la magnitud de los crímenes terroristas no sólo en sus víctimas sino en toda la población, como si se pudiera legitimar toda esa ignominia de silencios, complicidades y fanatismos y, de repente, pudieran borrarse diciendo que hay que pasar de página y mirar para adelante.

El planteamiento de Ezenarro pudo tener su lógica en el 77 cuando, de hecho, no quedó un solo etarra en las cárceles porque una interpretación más que generosa de la Transición permitió aclamar como héroes a algunos asesinos. Las argumentaciones legitimadoras del terrorismo, llamémosle 'el uso político de la violencia', siempre discutibles, pudieron durar hasta entonces –ya saben, la prepotencia policial, las humillaciones de todo tipo, la tácita acumulación del odio tras una guerra perdida– pero no resisten la tentación de la equidistancia a partir de la aprobación de la Constitución y del Estatuto de Gernika. ¿Que nos ha costado décadas renunciar al milenarismo marxista de los años setenta? Lo sé perfectamente pero no sólo no hay el menor motivo para justificar la impunidad o la tolerancia hacia quienes han seguido buscando argumentos políticos para el crimen sino al contrario: han sido tales los estragos que la legitimación nacionalista del crimen y de la extorsión han producido en la comunidad vas-

ca a niveles económicos, laborales, sanitarios, familiares, recreativos, educativos pero, sobre todo, éticos, morales o convivenciales, como se prefiera, que todo el acento que se ponga en la reparación del daño causado a las víctimas del terrorismo será poco.

El último informe del Ararteko ha vuelto a confirmar la enorme dimensión de la amenaza etarra y, sobre todo, de sus secuelas morales. La tibieza con la que los adolescentes vascos condenan el terrorismo probablemente no tenga parangón en cualquier otro país civilizado. Pero no nos engañemos culpando sólo al sistema educativo de ello. Es verdad que, salvo iniciativas individuales y testimoniales, no ha existido aún ningún proyecto serio de educación para la paz y no sé cuándo lo habrá al paso que vamos, pero como en tantos otros aspectos, los defectos que vemos en niños y en jóvenes no son sino el espejo de sus padres. De poco servirán las bienintencionadas iniciativas pedagógicas que pongan al alumno en contacto con las consecuencias de la barbarie terrorista si en su entorno afectivo más inmediato se sigue insistiendo en que todos los bandos cometen parecidas barbaridades, ya para justificar a los 'nuestros', ya para mantener las distancias hacia cualquiera de ellos. Sin un compromiso explícito y activo del conjunto de la sociedad será difícil arrebatar la aureola heroica de la 'lucha armada', término con el que todavía demasiadas personas denominan al terrorismo, y digan lo que digan quienes se alarman porque se habla demasiado de las víctimas en los medios de comunicación.

Yo puedo entender perfectamente que quienes vivieron la Guerra Civil y padecieron de uno u otro bando sus consecuencias –enseguida argumentaré por qué aquí sí cabe hablar de bandos– digan estar aburridos de tanto hablar de las víctimas. Ellos tuvieron que apechugar en silencio con su dolor, su orfandad y sus carencias y comprendo que, íntimamente, pueden preguntarse por qué entonces no y ahora sí. Les respondería remitiéndoles a ese estu-

El vestido, estrecho y el zapato aprieta

JUAN IGNACIO PÉREZ IGLESIAS

La propuesta de acuerdo que ha hecho el PNV al resto de partidos políticos ha revuelto el patio. Ha provocado tal desagrado que se ha llegado a argumentar, en más de una ocasión además, que propuestas tales no toca hacer a quien está en la oposición, sino que han de ser cosa de quien gobierna. Y que siendo eso así, no cabe sino considerar que la propuesta es, en el mejor de los casos, inadecuada y, en el peor, tramposa.

Cinco objeciones, al menos, cabe hacer a ese planteamiento. En primer lugar, el Gobierno vasco carece a día de hoy de programa de gobierno; un acuerdo como el suscrito por PSE y PP, se empeñe quien se empeñe, no cabe ser calificado de tal. Y no parece que quien carece de programa de gobierno esté en las condiciones idóneas para realizar propuestas de acuerdos presupuestarios suficientemente bien articuladas. En segundo lugar, es evidente que todos los partidos políticos cuando hacen lo que tienen que hacer –propuestas a los demás partidos, por ejemplo– buscan, entre otras cosas, mejorar su posición en el tablero. Y en esta ocasión el PNV ha buscado, también, mejorar su posición en el tablero. Eso gustará más o menos, pero la política es así, la misma política que, por cierto, ha dado lugar a un nuevo Gobierno. En tercer lugar, es cierto que gobierna quien gobierna y así ha de ser, pero también es cierto que quien hace la propuesta es, sigue

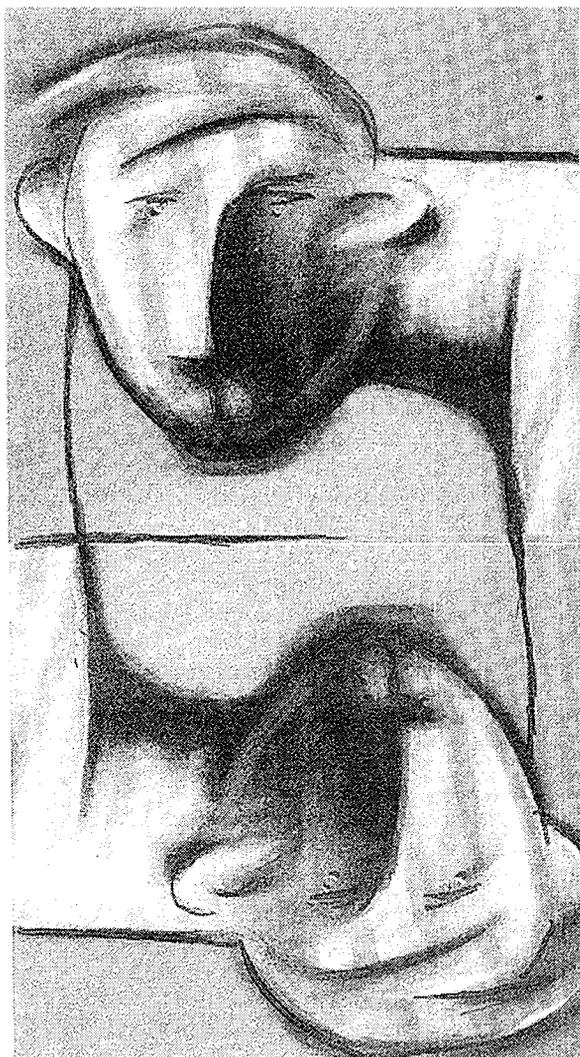
siendo, el partido mayoritario de Euskadi, cuestión en absoluto menor. Además, hacer propuestas no es gobernar. En cuarto lugar, el partido que hace la propuesta gobierna unas instituciones –diputaciones forales y ayuntamientos– que gestionan en conjunto más de la mitad de los recursos públicos de la Comunidad Autónoma Vasca. Y en quinto lugar, ni es la primera ni será la última ocasión en la que un partido que no gobierna hace una propuesta de gran calado a otros partidos y, muy en especial, al que gobierna. Ese fue el caso de la propuesta del llamado 'Pacto antiterrorista' que fue formulada por el entonces líder de la oposición, señor Rodríguez Zapatero, al entonces presidente del Gobierno, señor Aznar López.

Resulta cuando menos curioso que las reacciones más negativas o más recelosas ante la propuesta provengan de círculos mediáticos.

Han querido, y quizás logrado, marcar el camino al lehendakari, advirtiéndole de lo mal que le irían las cosas de caer en trampas tales. El Gobierno vasco, aparentemente receptivo a la propuesta en un principio, cede ahora a esas pretensiones y parece no saber cómo quitarse el muerto de encima. En cierto sentido retira la mano que ofreció el lehendakari López desde Madrid. Pero se equivoca, porque es mucho lo que está en juego y, cuestiones formales al margen, lo que espera la ciudadanía en su conjunto es que los dos partidos con mayor representación parlamentaria se pongan de acuerdo en lo fundamental.

A uno le queda la impresión de que estos diálogos y directos, este baile de argumentos descalificatorios de la propuesta, o la misma actitud dilatoria del PSE, busca algo diferente a lo que expresan de forma explícita. Quizás se trata de

dio 'La noche de las víctimas', antes citado, donde desde una perspectiva médica se muestra cuán difusas son las fronteras de la patología en este tema y cómo la recuperación de las víctimas puede depender muy mucho de la terapia psicológica, de la firmeza de sus propias convicciones ideológico-religiosas, del apoyo institucional y, sobre todo, del calor humano de vecinos y familiares. Que tras la Guerra Civil nadie aspirara a tales consuelos —bastante había con sobrevivir!— no es razón para evitarlos o ignorarlos ahora. De hecho, si sólo una parte de lo que los expertos recomiendan se hubiera puesto en práctica en su día, la que se refiere a expresar y sacar los sentimientos en lugar de ocultarlos y reprimirlos, quizás no habría sido tan in-



JOSÉ IBARROLA

tensa la transmisión de odio y dolor que fue caldo de cultivo del terrorismo etarra primigenio.

Habrà quien siga banderizo, preguntándose por qué no aludo a las víctimas 'del otro lado'. No ignoro a los GAL ni otros excesos policiales y parapoliciales, y sé que la legitimación democrática del Estado no impide que éste sea responsable de muchas injusticias, pero el abc de la convivencia exige la renuncia a la violencia, el rechazo a quien se toma la justicia por su mano. Yo no tengo inconveniente en considerar víctima a quien se despedaza con la bomba que estaba manipulando o a quien muere en un enfrentamiento con la Policía. Ahora bien, básicamente les considero víctimas de sí mismos, del camino que eligieron, de las consecuencias provocadas por una decisión suya. Como todo ser humano se merecen un respeto como personas, no así sus acciones, más propias de bestias. Nada que ver con el policía que provoca muerte o dolor innecesario en sus víctimas, porque no lo hace desde la libre intención sino como parte de su trabajo —el de administrar el monopolio estatal de la violencia— por mucho que pueda hacerlo fatal y sea merecedor de castigo por ello. Entiéndaseme, que es un asunto delicado, no pretendo justificar ningún exceso policial, todo lo contrario, sólo pretendo argumentar que en la lucha terrorista no hay dos bandos, sino meramente un grupo que pelea contra un Estado que representa la mayoría social, o sea, contra todos, nos guste más o menos, nos identifiquemos con el gobierno o con la oposición. Por eso no está bien, en mi opinión, lo de «ni vencedores ni vencidos», porque esto no es ni una guerra, ni una pelea en el patio del colegio.

Lo que está en juego, en cambio, es nuestra dignidad como pueblo, ésa que empezamos a perder brindando por la muerte intencionada, aceptando como objetivo militar a las mujeres embarazadas de maridos policías o a los niños de las casas-cuarteles. Hemos sido capaces de no oír en la madrugada el estrépito de un claxon donde reposaba la cabeza de Antonio Ramírez, guardia civil asesinado, como tantos otros, por el mero hecho de serlo. Seguimos siendo capaces de cruzar de acera cuando vemos venir al vecino con sus guardaespaldas, capaces de arropar a los asesinos en homenajes públicos porque 'son de aquí' mientras omitimos el menor detalle de humanidad ante esa viuda reciente porque 'es de allá', como si fuéramos trogloditas. En fin, para qué seguir, si ya nos entendemos. ¿Tan difícil es comprender que sólo saldremos vencedores de esta historia cuando venzamos al terrorismo en todas sus expresiones, aún en las más sutiles?

que PSE y PNV no se pongan de acuerdo, no ya ahora, sino dentro de cuatro años. Porque un acuerdo hoy facilitaría también un acuerdo dentro de cuatro (o de dos) años. ¿Es eso lo que se quiere evitar?

imposible. Será mejor, por tanto, no tratar de anticipar el futuro. Además, hay asuntos que, para su conocimiento y mejor comprensión, es bueno analizarlos mirando al pasado, a nuestro más re-

CARTAS AL I

Las cartas no deberán superar las quinientos caracteres) y tendrán que incluir el número de teléfono del remitente. EL CORREO se

Dirección de correo electrónico: car@elcorreo.com

Educar

En el aeropuerto de Helsinki pude dar respuesta a una preocupada pregunta sobre la diferencia tan alarmante que encontré al leer hace años el Informe trienal PISA. Mientras los escolares finlandeses ocupan el primer puesto en la media de competencias educativas, los nuestros son relegados hacia el puesto 30.

Unos niños españoles de unos 11 años golpeaban las butacas, subían al ventanal, correteaban, gritaban, ante la absoluta indiferencia de sus padres y la mirada atónita del personal del aeropuerto finlandés. La diferencia mirada a sus hijos entre los padres finlandeses y los padres españoles: Respeto ecológico a los lugares públicos y a las personas, frente a una conducta irresponsable y tontorrón mimo. Aquí enseguida hicimos el pecho para exigir a las instituciones, pero claudicamos ante la exigencia a nuestros hijos. Y esto no se arregla con un ordenador por niño.

Santos Pérez Manjón
Sopelana-Vizcaya

Sensibilidades

El pasado domingo leíamos la receta Azkuna para la cosa política de aquí: «Un gran pacto de Estado entre la sensibilidad nacionalista vasca y la española». Puede sonar bien, pero supone una gran falsedad, una auténtica estafa intelectual y una nueva 'okurrentzia' nacionalista. Lo que hace falta aquí es la voluntad de los nacionalistas de cumplir sus compromisos e los pactos que ellos mismos aceptaron durante la Transición; el señor Azkuna ya estaba en política y debería recordar que la autonomía vasca se fraguó en los términos que deseó el PNV, que no se podía ni imaginar que el resto de los partidos políticos españoles podrían ser tan dardivosos: una Const